

Bueno, aquello que parecía imposible es ya una realidad. De nuevo un Rey de la Casa de Borbón se asienta en el trono de España. Deseamos ventura a un soberano que lleva el nombre de Juan, como el infante heredero de los Reyes Católicos, cuya muerte trunca el destino de España, y el de Carlos, como el gran Rey de la reforma social española. Desearle ventura a don Juan Carlos I es deseárnosla a nosotros mismos en esta nueva etapa, una vez doblada la página de la Historia.

En una crónica escrita inmediatamente después del fallecimiento de Franco, que no llegó

a ser publicada, meditaba acerca de su extraordinario testamento y, una vez más, repetía lo que ya parece una perogrullada: la última clave de casi cua-

renta años de franquismo es el haber respondido al intenso amor a la paz cívica del pueblo español.

Que Franco fue llorado unán-

AL PASAR LA PAGINA

DEL ENEMIGO, EL CONSEJO

Por VICTORIA ARMESTO

memente es algo que ni sus enemigos deben olvidar. Entre mis conocidos sé de una señora que estuvo catorce horas en la «cola» a fin de rendirle un último homenaje. Plazas porteras de la madrileña Plaza de las Comendadoras estuvieron siete y no consiguieron entrar en Palacio. Observando atentamente a las gentes alineadas en aquellas interminables cadenas que serpenteaban por el Madrid de los Austrias, a mí lo que más me impresionaba era la uniformidad y la homogeneidad de clase. Somos ya, como los europeos, un país de amplias clases medias. Si bien todavía existen núcleos de poblaciones marginadas y empobrecidas — pensemos en la Galicia rural y en ciertas zonas andaluzas y extremeñas — hay una base amplísima sobre la que cualquier Gobierno de orden puede apoyarse. Se trata de una sólida garantía de futuro.

Es precisamente la clase que ha respondido estos días con mayor fervor, pero tan exaltados sentimientos no deben engañarnos ni engañar al Rey porque esta amplísima clase media, esta nación en desarrollo, está deseando un cambio de carácter político-social. Repito: está deseando un cambio. Si este cambio no se produce, si el deseo de reformas y de justicia que anida en nuestros corazones se viera truncado, no sólo inquietan las perspectivas de futuro para la dinastía de Borbón sino que — lo que sería peor — inquietan nuestro propio destino como nación occidental.

No necesito señalarles dónde está el peligro. Basta con pensar en las barbas del vecino.

No es el inmovilismo lo que nos puede defender del caos. No es enquistándonos en posiciones preretras como nos vamos a salvar. No es recordando eternamente un cruel pasado como evitaremos la posible crueldad futura... El Rey tiene que meditar que ciertas actitudes, ciertos gestos, ciertos cánticos incluso, hieren a una parte de la nación.

Reconozcamos asimismo que ciertos feos rostros nos causan ciertos feos embarazos. Necesitamos nuevas voces, nuevas gentes, un tono distinto que nos extraiga del pasado del cual, sin embargo, no podemos renegar.

No sabemos aún cuáles van a ser los futuros ministros y consejeros del Rey, pero si nuestra humilde voz pudiera llegar a ellos quisieramos dictarles esta súplica: que recojan los programas de reforma política expuestos por los partidos españoles de la oposición, que se encarguen de analizarlos de un modo frío y objetivo, que vean aquellos puntos de los programas en donde la oposición (y dentro de ésta incluso a la democrática y a todos los «ismos» habidos y por haber) tiene razón, que serán muchos, ya que con frecuencia acierta a señalar los males de nuestro país, y que, una por una, de un modo sistemático e inexorable, vaya poniendo en práctica aquellas reformas que la oposición llevaría a cabo si estuviera en el poder.

Se trata de una fórmula viejísima y maquiavélica que asegure, a la vez, la continuidad y el cambio. Recordemos que los demócratas cristianos en Alemania estudiaron el programa de los socialistas, al modo como yo lo propongo ahora, y por ello se aseguraron la permanencia de casi veinte años en un poder que sólo perdieron cuando — dándose cuenta de la extraordinaria habilidad — los propios socialistas decidieron imitar a sus rivales. Después del congreso de Bad Godesberg, en donde desistieron de activos principios marxistas y de la lucha de clases, su imagen pública era tan semejante a la de los opositores democristianos que fatalmente tenían que acabar vendiéndoles en la lucha electoral.

Me parece ocioso señalar que si el Rey don Juan Carlos I y sus consejeros se dejaron guiar por este sabio principio, una España reformada y purificada, habiendo extendido las clases medias hasta abrazar aquellos sectores marginados a los que aludía antes, pasaría pronto a ser el noveno, octavo o acaso séptimo país industrial del mundo.

Pero para ello es condición indispensable hacer lo que hicieron los socialistas en su famoso congreso, abandonar principios ideológicos en desuso.

La propia sabiduría colectiva, que suele expresarse en aforismos, nos previene con el famoso refrán castellano: «Del enemigo el consejo».

ya profetizaba los acontecimientos. Y que se confirmaban, muchos lustros después, cuando tranquilizaba al país que le seguía con la rotunda afirmación de que, tras su muerte, todo iba a quedar «atado y bien atado».

Ese futuro apenas ha hecho sino comenzar, pero este comienzo se ha ajustado por supuesto, a aquellas previsiones.

Lo que sucede es que al Rey le toca ahora la más difícil papeleta que acaso tuvo nunca ante sí ninguna figura de la Historia al estrenarse en la más alta magistratura de su nación. Ese Rey que, efectivamente, no estuvo ni entre los vencedores ni entre los vencidos, pero que sigue siendo rey de vencedores y vencidos y que debe tratar de quitarles esa etiqueta; que se ve claramente que tiene la voluntad de hacerlo, pero que nadie es capaz de asegurar, si aún imaginándolo con todas las habilidades, los talentos, las discreciones, las buenas voluntades y las capacidades políticas del mundo, va a lograrlo; le van a dejar que lo logre.

Precisamente por la conciencia de esas dificultades, por la convicción de los problemas que le esperan diríase que el pueblo medio se le ha entregado, de entrada, prácticamente sin condiciones. Y es que el español de la calle tiene perfecta conciencia de que lo que el Rey se juega no lo jugamos, conjuntamente con él, todos los demás. Que su éxito o su frustración de nuestra posibilidad de desarrollo político en el orden, la tranquilidad y con la solidaridad con que soñamos ese mayor porcentaje de españoles que compartimos la idea de un futuro «con un efectivo consenso de concordia nacional», como dijo el propio soberano en su discurso de coronación. Unas dificultades, en suma que han popularizado la imagen de un Rey — este Rey — y le han hecho acreedor a una cierta adhesión que parecía problemática unos años atrás, porque tampoco puede decirse que el país se sintiera muy monárquico antes de que las últimas circunstancias perfilaran en don Juan Carlos la solución más razonable al temible dilema de la continuidad.

Pero ahora es cuando hay que lidiar el toro del futuro, evitando sus cornadas, sus querencias, sus impacencias, sus nostalgias. Y el Rey ha de medir sus pasos, sus palabras, sus decisiones, con el complejo de los peligros que entraña el pasarse o el no llegar. Porque una gran parte de la nación le demanda la evolución, la actualización, la democratización que parecen indispensables y lógicas en esa Europa a la que los más queremos incorporar. «España debe contar con Europa y los españoles somos europeos», dijo Su Majestad interpretando un sentimiento mayoritario del país. Pero los extremistas esperan desde todos los «bunkerismos». A éstos todo les parecerá mucho o les parecerá muy poco. Y aunque cho o los menos, son también los que más gritan y acaso los únicos que están organizados para la obstrucción y la perturbación. Praga, Santiago de Chile, Budapest o Lisboa, son buenas evocaciones.

Me alienta pensar, casi comprobar, que el Rey parece mostrarse, hasta el momento, espléndidamente equilibrado. Hasta diría que perfectamente aconsejado. Ello se refleja en esa creciente popularidad a la que antes me refería. Su discurso en las Cortes me pareció espléndido, tanto por lo que dijo como por lo que pareció querer decir sin acabar de decirlo.

El futuro, pues, ha comenzado. De momento, con orden, con equilibrio, con madurez. Los españoles tenemos la más histórica de las ocasiones para demostrar que nuestra madurez es algo más que un tópico, que una palabra.



DIVAGACIONES DE UN SUBDITO

EL país entró en una nueva semana como desentumeciéndose de las muchas emociones, tensiones y vibraciones que había vivido el final de la anterior, unos días ciertamente históricos y con una alta carga de acontecimientos que no podían dejar a un solo español marginado en su protagonización porque lo que sucedía lo que estábamos viendo en la larga contemplación ante los televisores, eran páginas trascendentales de la Historia contemporánea de España.

Todo un caudal de sugerencias y reflexiones ante el puro mensaje visual de unas imágenes y el contenido racional de unas palabras que tenían a la nación entera como testigo.

Al margen, detalles, no exentos tampoco de significaciones. Por ejemplo, el homenaje a Franco desde tantas vertientes, la cierta diferencia de matiz entre aquellos españoles que en la Plaza de Oriente protagonizaron acaso el momento más espontáneo y sentimental del homenaje, cuando el féretro con los restos de Franco fue sacado al altar, y aquellos otros españoles que en el Valle de los Caídos daban su último adiós al viejo capitán de las lejanas batallas. Unos daban su adiós desde el agradecimiento por esas muchas cosas positivas que caben en un mandato de 40 años; otros desde la nostalgia por los antiguos ideales que les hicieron protagonizar unas circunstancias para ellos inolvidables y difícilmente compartibles para las gentes nuevas que no la vivieron y carecen, en consecuencia, de similar identificación emocional en un emplazamiento no por legítimo menos, acaso, anacrónico.

Grandes acontecimientos para unos españoles que se acostaron como ciudadanos un viernes y se levantaron como súbditos un domingo, porque el remoto proyecto — llámense restauración o llámense instauración, como quieran — de volver a ser un Reino y acatar la existencia de un soberano, tan difícilmente imaginable desde la distancia de aquellos acontecimientos con que España se convirtió en República hace cuarenta y cuatro años, era una realidad histórica que respondía a los planes matemáticos, de auténtico jugador de ajedrez, con que Franco había hecho el gran proyecto del futuro de una nación en la que su victoria de la guerra le dio los poderes necesarios para programar enteramente su futuro.

Recordemos las palabras del propio Franco, cuando en 1938 según apuntaba Ricardo de la Cierva, ya hablaba de que España llegaría a tener un Rey que no debería estar ni entre los vencedores ni entre los vencidos de aquel cruento episodio que casi estaba comenzando cuando él

El director de «Sol de España», absuelto por el T.O.P.

HABIA SIDO PROCESADO EN RELACION CON UNA INFORMACION SOBRE GIRON

MADRID, 24. — Don Nicolás de Laurentis, director de «Sol de España», ha sido absuelto por el Tribunal de Orden Público de un delito de los comprendidos en el artículo 165 bis b) del Código Penal. En lo relativo al respeto debido a las personas, del que había sido acusado por el ministerio fiscal por la publicación de una información sobre el consejero nacional del Movimiento y ex ministro don José Antonio Girón de Velasco, desmintiendo falsos rumores.

Como se sabe, los hechos ahora enjuiciados fueron objeto de una sanción administrativa por parte del Ministerio de Información y Turismo, que impuso multa de cincuenta mil pesetas al director del diario malagueño y suspendió su publicación durante quince días, en julio de 1974.

Dicha resolución fue recurrida ante la Sala Tercera del Tribunal Supremo, que habrá de pronunciarse sobre la misma. — (EUROPA PRESS).

CINCO RECLUSOS, EN LIBERTAD PROVISIONAL

MADRID, 24.—Por Ordenes del Ministerio del Ejército que hoy hace públicas el «Boletín Oficial del Estado» se conceden los beneficios de libertad condicional a cinco reclusos.

Se trata de: Florencio Córdoba Reyes, Santiago Yáñez Iglesias, José Serrano Marín, Miguel Rodríguez Sevilla y José Muñoz de la Torre, pertenecientes a los penales de Ceuta, Melilla y Cádiz.—(CIFRA).